

F1233

5

D55

M 6



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE

PRIMA PARTE
EL HOMBRE

PRIMA PARTE



EL SR. GRAL. D. PORFIRIO DÍAZ VISTIENDO GRAN UNIFORME
Reproducción de un cuadro al óleo recién acabado por el artista Joaquín Romero, á cuyo pincel se deben los mejores retratos contemporáneos del señor Presidente. El grabado da idea del vigor y de la salud de que goza el ilustre Jefe del Estado y que se reflejan en la gallarda é imponente firmeza de la actitud habitual en él, fielmente tomada por el pintor.

NO puede estudiarse á un grande hombre, aunque sea imperfectamente, sin ganar algo en su intimidad. Este principio es el que informa las obras del eminente educador Smiles, quien á menudo repite en ellas que la cualidad más preciosa de los grandes caracteres, consiste en la irresistible fuerza conque inducen al bien á todos los que les rodean.

Siendo esto así, y siendo también verdad innegable, que para asegurar el porvenir de la nacionalidad mexicana, necesitamos urgentemente formar caracteres firmes y orientados al bien, no puede haber medio más sencillo y eficaz para lograr ese ideal, que el de vulgarizar en talleres y escuelas los rasgos notables de uno de los caracteres más extraordinarios, vigorosos y nobles que registra la historia, cual es el del General Díaz.

Para ello nos apartaremos por completo del criterio adoptado por la mayoría de sus biógrafos, en cuanto á que no referiremos sino de paso y cuando el caso lo pida, los triunfos brillantes y ruidosos con que va coronando su inmensa obra militar, política y social; por el contrario, daremos preferencia á las acciones menos conocidas, casi oscuras, algunas ignoradas ó mal comprendidas, con que inició y cimentó esa obra.

Procederemos así no sólo porque consideramos de mayor mérito y más alto precio moral los primeros actos con que un hombre comienza á elevarse por su propio esfuerzo y á ejercitarse en la práctica del bien, sino porque es esencial para las pretensiones educativas de este libro, enseñar cómo se vencen en la juventud las ten-

taciones de la vida, cómo se desprecian las sugerencias de la pasión y cómo se salvan los primeros obstáculos de la áspera senda del deber, que si no siempre lleva á la gloria, conduce infaliblemente á la suprema felicidad que estriba en la paz de la conciencia.

Guiar con su ejemplo y emular con sus virtudes á la niñez y á la juventud, será un servicio más entre tantos que ha prodigado á su patria y á su pueblo el General Díaz.



I

LA VOCACION

DEBEMOS PROCEDER DE ACUERDO CON NUESTRA CONCIENCIA.

Muy joven, casi niño era Porfirio Díaz cuando terminó en el Seminario Conciliar de Santa Cruz de Oaxaca, los estudios preparatorios de la carrera sacerdotal á que le habían dedicado; contaba entonces diecinueve años. Su único protector, el poderoso Obispo Don José Agustín Domínguez, le llamó á consejo:

—«Tiempo es de que pienses en abrazar tu misión, le dijo; el año que viene, bueno será ordenarte de tonsura y que portes hábitos.....»

Harto visible debió ser la frialdad con que el joven seminarista escuchó tal disposición, puesto que el señor Obispo creyó necesario apoyarla con razones de conveniencia, que estimó seductoras y decisivas, como lo ventajoso de la posición social y la riqueza de que entonces disfrutaban los miembros del clero.

Habituado Porfirio á obedecer á sus mayores, y no habiendo despertado en él hasta entonces la conciencia, acató lo que su protector había resuelto, y aceptó sumisamente, pero sin convicción y sin entusiasmo, el porvenir que se le deparaba.

Durante las vacaciones de ese año (1849) y entretanto llegaba el momento de recibir la orden sacerdotal, á la vez que se iniciaba

Porfirio en el estudio de la Teología, daba clases de latín para ayudarse y ayudar á su anciana madre, cuya pobreza era extremada. Uno de los discípulos de latinidad del clérigo en ciernes, era hijo del licenciado Don Marcos Pérez, acendrado liberal, amigo íntimo de Juárez y profesor en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca.

En aquella época, el Seminario en que comenzó á educarse Porfirio, y el Instituto, en que hizo su carrera Juárez y concluyó también la suya Díaz, simbolizaban las dos tendencias políticas contrarias que agitaban á nuestro país: en el Instituto se propagaban los principios de libertad de pensamiento y de conciencia, de igualdad ante la ley, de fraternidad, de tolerancia, de orden, de laboriosidad; en el Seminario se profesaban las ideas opuestas, la intolerancia, los privilegios de clases y la sujeción incondicional del pensamiento y de la conciencia á la fe ciega é irracional.

Un acontecimiento insignificante en sí, bastó para cambiar el destino de Porfirio: Don Marcos Pérez le invitó á la distribución de premios que iba á hacerse á los estudiantes del Instituto, y lo presentó en esa fiesta á Juárez, que era Gobernador del Estado. El trato leal y franco del demócrata indio, sedujo al joven seminarista, acostumbrado hasta entonces al despotismo de sus superiores, los altivos clérigos del Seminario, á quienes había que hablarles humillándose.

Al mismo tiempo, los discursos que escuchó Porfirio en la función de premios, despertaron su conciencia y le revelaron la verdadera senda que debía seguir conforme á sus sentimientos. Tremenda debe de haber sido la lucha que se entabló en aquella alma de niño. De un lado estaba la voluntad de los seres á quienes todo lo debía; estaban también la riqueza y el poder asegurados, la vida fácil y agradable; del otro lado sólo vislumbraba la paz de la conciencia y la satisfacción que produce consagrarse, sincera y honradamente á lo que se cree bueno y noble.

Porfirio no vaciló mucho: no debía seguir la carrera eclesiástica puesto que no sentía vocación para ella; no debía ser un mal sacerdote; prefirió, resuelta y dignamente, la miseria honrada. Mas aun cuando su resolución fuese firme, no la llevó á cabo como es fácil comprender, sino á costa de tremenda lucha íntima, que le hizo pasar en vela toda la memorable noche de *las calificaciones*, como se llama familiarmente en Oaxaca á la función de premios del Instituto.

Había razón para ello: á los diecinueve años es cosa muy grave cambiar de rumbo en la vida, desairar y contrariar á un protector poderoso, y desdecirse de una promesa, aunque sólo haya sido hecha por complacencia; además, para las madres oaxaqueñas de esa época, la suprema ambición era tener un hijo sacerdote, y á Porfirio le apenaba frustrar las ilusiones de su excelente, de su ejemplar madre.

Como era natural y debido, ella fué la primera en ser consultada; y se afligió tanto, creyendo á su hijo extraviado y perdido, que Porfirio no tuvo valor para resistir á sus lágrimas, y le ofreció hacer lo que dispusiese; pero la prudente y abnegada señora, dominando su pesar y subordinándolo al cumplimiento del deber de dar estado á los hijos conforme á la voluntad de ellos, se limitó á hacerle al suyo las reflexiones propias del caso, entre ellas la muy grave de que si no seguía la carrera eclesiástica, perdería la opción á una beca de gracia, por cierto, de las de San Bartolo, que eran las más estimadas, y á una capellanía que se le había ofrecido, lo que significaría irreparable quebranto, especialmente para ella; sin embargo le estimuló á no contrariar su vocación, para evitar que fuera un sacerdote indigno, y ella misma se encargó de la espinosa tarea de notificarle al Obispo Domínguez la resolución del ex-seminarista. ¡Admirable ejemplo de lo que pesa en el porvenir de los hombres, la influencia maternal! Así se explica que el digno hijo de Doña Petrona Mori de Díaz, haya sido siempre esclavo de su deber.

Al tener noticia de esta decisión, el Obispo se mostró indignadísimo, le trató duramente, le exigió que le devolviese los libros que le había dado y le retiró todo auxilio. Prudente y justa, la madre del valeroso y leal joven le hizo reflexiones, pero sin oponerse sábiamente á que contrariase su vocación. Y aquel niño, cuyo gran carácter apenas comenzaba á manifestarse, todo lo arrojó, á todo se sobrepuso antes que violentar sus inclinaciones y sus creencias; más tarde daría su propia sangre por sostenerlas.

Este fué su primer paso en el camino de la grandeza y de la gloria.

No es dable á todos los hombres alcanzarlas; pero obedeciendo siempre las indicaciones de la conciencia, se logra infaliblemente conquistar la paz del alma y el respeto y la estimación de la sociedad.

II

LA AYUDA PROPIA

EL TRABAJO MANUAL ES HONROSO

Si á muchos jóvenes que vagan por las calles haraposos, hambrientos, sin profesión ni oficio, se les preguntara cuál es la causa de sus desdichas, contestarían casi invariablemente, que por falta de recursos y de protección abandonaron los estudios y truncaron alguna carrera científica; y como creen degradante para ellos el trabajo manual, no hallan manera de vivir.

Pues bien; el hombre que ha hecho á nuestra patria fuerte, rica y feliz, y á quien llaman amigo y colman de atenciones y de honores los monarcas más poderosos de la tierra, mientras estudiaba con tesón y obtenía honrosas calificaciones en todos sus exámenes, en su adolescencia dedicaba las horas libres á oficios humildísimos, para aliviar sus necesidades y las de su familia.

La pobreza del estudiante Porfirio Díaz era tan extremada, que en la época en que cursó lógica fué necesario que un comerciante oaxaqueño, interesado por la energía y el empeño del seminarista, le regalase el libro de texto y la *barragana*, especie de capa que se exigía que portaran los alumnos externos del Seminario.

La protección de Don Joaquín Vasconcelos, que así se llamaba el comerciante, tuvo por principio un rasgo del pundonor y de la afición de Porfirio al trabajo. Vasconcelos encargaba á la señora Mori y á sus hijas, labores tales como confección de camisas y *empuntado* de rebozos. Esto sugirió al necesitado estudiante, deseoso de ayudar á su familia, la idea de solicitar de Don Joaquín que le admitiese como empleado en una de sus tiendas. El comerciante tomó informes, y así supo que el animoso joven merecía apoyo y no debía abandonar las aulas por el mostrador, cuando cursaba ya Lógica, con notable aprovechamiento.

Viendo Porfirio que el calzado para él y para su familia era muy

caro conforme á sus posibilidades, decidió confeccionarlo él mismo. Sin tardanza se aplicó á aprender cómo hacía su labor el zapatero Nicolás Arpide, que tenía su taller frente al Instituto; se procuró toscos utensilios; y con tan rudimentarios elementos, en breve pudo proveerse de calzado y proveer también á su familia. Más tarde llegó á hacer botas y zapatos finos y bien acabados.

Los muebles sencillitos y los trabajos de carpintería que aprendió á hacer del mismo modo y por la misma razón que los zapatos, para vencer las grandes dificultades con que luchó en su juventud, le producían buen dinero, y llegó á hacer un ajuar fino completo.

Si carecía de recursos para lo necesario, con mayor razón habían de faltarle para lo superfluo; pero el hombre industrioso y activo es rico en todas partes y logra siempre lo que desea.

Desde niño tenía Porfirio ardiente afición por la caza y por todos los ejercicios físicos y varoniles; mas una escopeta, un arma cualquiera, por barata que fuese, era un lujo inasequible para el mísero estudiante. No por eso se quedó con el deseo; al contrario, le satisfizo y sacó partido de él. Un cañón viejo y herrumbroso de fusil, una llave de pistola y un tarugo de madera, se transformaron en sus manos hábiles y pacientes, en servible escopeta, armado con la cual íbase á los montes, ufano y dichoso, á cazar buenas piezas con que surtía la exigua despensa de la familia. En sus excursiones trabó conocimiento con otros cazadores, en su mayoría indígenas, á quienes unas veces les hacía muebles sencillos, otras les componía las armas que se les desarreglaban, y en ambos casos ganaba honradamente algún dinero y convertía de tal modo en útil y productivo, un entretenimiento que para otros hubiera sido dispendioso capricho.

A medida que las aptitudes de Porfirio iban desarrollándose por el estudio, su espíritu industrioso sacaba partido de ellas y creaba mejores recursos. Le vimos ya dando clases particulares de latín: más adelante fué bibliotecario y pasante de Derecho Natural y de Gentes, en el Instituto de Ciencias en que se educaba; y al terminar la carrera de abogado, cuyo título no obtuvo porque Santa Anna, alarmado con las tendencias liberales de ese plantel, lo clausuró súbita y arbitrariamente, Porfirio cosechaba ya buenos frutos de su profesión y tenía clientela remuneradora, que abandonó en las circunstancias que después veremos, para consagrarse en cuerpo y alma á la causa de la Reforma.

Al conocer estos rasgos del carácter del General Díaz, fácil es comprender que quien jamás se arredró ante ninguna dificultad en los primeros años de su vida, ni consideró humillante ningún trabajo honrado, haya sido capaz de allanar todos los inmensos obstáculos que se oponían al engrandecimiento de nuestra patria, y haya sabido sacar, poco menos que de la nada, ejércitos, armas, dinero, ferrocarriles y escuelas, como sacaba escopetas y zapatos: á fuerza de trabajo.

Nadie que imite este ejemplo en la medida de sus facultades, vagará nunca por las calles, haraposo y hambriento, sin saber qué hacer para vivir.

III

LA DEFENSA DE LA PATRIA

SOLO PARA MANTENER LA INDEPENDENCIA

DEBEMOS TOMAR LAS ARMAS.

La noticia de que el invasor norteamericano había avanzado hasta el pueblo de Teotitlán y amenazaba atacar la capital del Estado de Oaxaca, conmovió intensamente á los oaxaqueños é hizo vibrar en ellos el más alto y el más noble de los sentimientos cívicos: el amor á la patria hollada por el enemigo extranjero.

Esto sucedía en 1846. Porfirio Díaz era un niño de dieciséis años, que estudiaba lógica en el Seminario de Santa Cruz; pero bastó que el presbítero Don Macario Rodríguez, que era el profesor, dijera algo á los escolares acerca del deber de los mexicanos, de defender el territorio invadido, para que en aquellas tiernas almas se encendiese la pura llama de la abnegación y del sacrificio por el honor de la patria.

Mas en Porfirio tomó este sentimiento la misma forma activa,

fecunda y eficaz que los grandes caracteres dan á todas las ideas y á todas las emociones. A esa edad y en tal momento solemne, se reveló el futuro conductor de hombres y el soldado que en el porvenir habría de conducir á la gloria el pabellón de la República victoriosa y libre.

Apenas había acabado el profesor Rodríguez su arenga patriótica, cuando Porfirio, haciéndose cabeza de sus condiscípulos, se dirigió con algunos de ellos á presentarse á Don Joaquín Guergué, Gobernador del Estado, para ofrecerle sus servicios y los de sus compañeros.

Eran tan niños aquellos aspirantes á defensores de la patria, que no comprendiendo el Gobernador Guergué el nobilísimo y generoso impulso que les guiaba, les preguntó:

—¿Qué diablura habrán hecho ustedes?—y se limitó á anotar los nombres de aquellos muchachos, sin aceptar de pronto la oferta que le hacían. Después fué aceptada, y entonces empuñó Porfirio las armas por primera vez en su vida, en defensa de su patria; entonces hizo sus primeras guardias y se sujetó, cumplido y diligente, al duro régimen militar de campaña.

Alejado el peligro de la invasión, tornó Porfirio á sus estudios preparatorios de la profesión sacerdotal y se apartó momentáneamente de la vida del soldado. Algunos años debían transcurrir hasta que volviera á armarse de por vida para contribuir á que se escribieran muchas de las más bellas páginas de las epopeyas de la Reforma y de la segunda Independencia.

Pero cualquiera que fuese el enemigo que combatía, su ideal fue uno siempre sublime: la libertad; su móvil también único y nobilísimo: el amor á México; y la causa que defendía, invariablemente justa y honrada.

En la vida militar del General Díaz es imposible hallar ni sombra de traición, ni sospecha de debilidad en sus convicciones, ni la más leve vacilación ante el sacrificio.

Para sostener los principios de la Reforma, abandonó familia, intereses, clientela, todo en una palabra. Cuando la Reforma triunfó y el entonces Coronel Díaz, que ocupaba una curul en el Congreso de la Unión, vió amenazada la capital de la República por las gavillas del infame Márquez, en tanto que los demás diputados perdían el tiempo angustiosísimo, en disputar en formas literarias, Porfirio sólo habló para pedir permiso de abandonar la Cámara y

tomar de nuevo las armas con que pocos días después obtuvo la victoria asombrosa de Jalatlaco, que le valió el ascenso á General de Brigada.

Más tarde, al terminar el gran sitio de Puebla, que no hay palabras con que glorificar, Porfirio, esclavo de la disciplina, se entregó prisionero, pero declarando que lo hacía únicamente por obediencia y resuelto á volver á combatir al invasor, tan pronto como pudiera fugarse. Y se fugó, y organizó la defensa de Oaxaca; y habiendo vuelto á caer prisionero, le advirtió al conde de Thum, su guardián, que debía cuidarle porque volvería á fugarse, como lo hizo, y tornaría á combatir hasta el último aliento.

Ojalá sepamos imitar este hermoso ejemplo de amor á la patria; ojalá sepamos defenderla hasta morir, si alguna vez fuere amenazada por el extranjero; mas nunca volvamos á tomar las armas para la guerra civil: tengamos antes el patriotismo necesario para cortarnos la mano mejor que volver á disparar contra un compatriota. Sólo así seguiremos las huellas de este gran ciudadano; sólo así conservaremos su gran obra y nos haremos dignos de ella; únicamente así mereceremos llamarnos mexicanos libres.

IV

EL VALOR CIVIL

LA OPINION Y LAS CONVICCIONES DEBEN PROCLAMARSE

Y SOSTENERSE SIEMPRE

Al terminar el año de 1854, el dictador Santa Anna, cuyo período de mando estaba próximo á expirar, queriendo prolongarlo indefinidamente y contando para ello con el apoyo del ejército y del clero, entonces íntimamente unidos y muy poderosos, convocó al pueblo á una comedia de plebiscito, que debía representarse el día primero de diciembre de ese año.

Las preguntas que se fingía hacer á la voluntad popular, eran éstas:

«El actual Presidente de la República (Santa Anna), ¿debe continuar en el poder supremo, con las mismas amplias facultades de que hoy está investido?»

«En caso de que no deba continuar ejerciendo *las mismas amplias facultades*, ¿á quién debe entregar inmediatamente el mando?»

Como se ve por estas preguntas, Santa Anna no se conformaba con que se le reeligiera, sino que exigía que se le confirmara el poder dictatorial de que tan gravemente abusaba.

Según la circular con que se invitó al pueblo á votar, todos podrían expresar sin trabas su voluntad: pero de antemano se supo que las mesas donde iban á depositarse los votos, serían rodeadas de tropas y artillería; que las corporaciones de todo género, religiosas, militares y civiles, tendrían que votar por voz de su jefe; y finalmente, que quien se atreviese á votar en contra, lo pagaría quizás con la vida ó, cuando menos, con el destierro.

Tanta audacia y cinismo tanto, colmaron la indignación del joven pasante de Derecho, Porfirio Díaz; sublevaron su dignidad de hombre libre y le determinaron á declararse contra el dictador, para quien era ya sospechoso de tiempo atrás por sus opiniones liberales, francamente manifestadas.

En esa época era Porfirio catedrático de Derecho Natural en el Instituto de Oaxaca. Conforme la circular relativa al plebiscito, el Director de ese Instituto debía votar por el cuerpo de profesores, contándose, por supuesto, un número de votos equivalente al de catedráticos, lo cual constituía un fraude electoral descarado.

Llegó el día del plebiscito, primero de diciembre de 1854. La plaza de armas de Oaxaca fué rodeada de tropas con los fusiles cargados, y se instaló una batería de cañones dispuestos á hacer fuego. En el portal del Palacio de Gobierno se dispusieron un dosel de terciopelo rojo y una mesa cubierta por suntuosa carpeta de lo mismo, y en torno de ella se sentaron en sendos sillones, los altos funcionarios del Estado, esclavos sumisos del dictador. Sobre la mesa se pusieron dos libros, uno para que firmaran los votantes en favor de Santa Anna, y el otro para los que tuviesen la avilantez de votar en contra.

Cuando Porfirio fué á situarse cerca de la mesa, para ser testigo de aquel atentado al sufragio, el libro de la oposición, digámoslo así, estaba cerrado y sus páginas inmaculadas aún, porque nadie había tenido valor de arrostrar las iras del tirano, representado por

sus fieles secuaces. Porfirio guardaba una actitud digna y reservada.

—«Y usted, ¿no vota?—le preguntó en voz alta, cierto licenciado Enciso, compañero suyo de profesorado en el Instituto.

Porfirio respondió:

—«El voto no es una obligación, es un derecho..... Yo no lo ejerzo.»

En este momento llegaba al teatro del drama, un zapatero, policía secreto que participó llevar consigo unos treinta votos de todos los vecinos hábiles para votar, que había en cierta manzana de la ciudad.

—«Que de ese número se quite una unidad,—dijo Porfirio,—porque yo soy vecino de esa manzana, y no he votado ni autorizado a nadie para que vote por mí.»

—«Sí, replicó el malévolo Enciso: uno no vota cuando tiene miedo.»

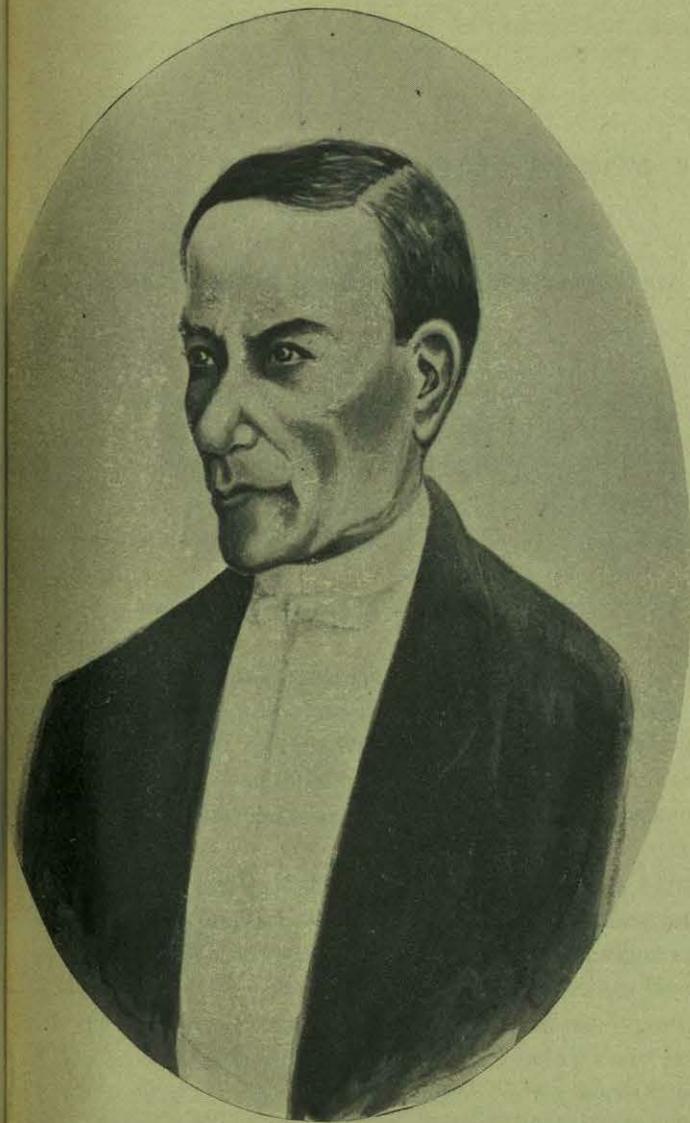
Sin contestar una palabra, se dirigió Porfirio tranquilamente á la mesa, tomó la pluma y abrió el temible libro de la negativa, virgen hasta ese instante.

—«Cuidado, joven,—le advirtió en tono amenazador el General Pinillos, Gobernador del Estado,—nadie ha escrito todavía en ese libro.....»

La única contestación de Porfirio fué escribir en la primera página blanca, el nombre del caudillo de la revolución liberal, el jefe suriano Don Juan Alvarez, y firmar debajo. Tras de Porfirio, un Sr. Ruíz, arrastrado por ese viril ejemplo, votó por el Gral. Don Juan Bautista Ceballos, y fue aprehendido al salir de la plaza, apaleado y consignado al ejército. Porfirio se salvó gracias á su destreza, y desde ese día tomó definitivamente las armas en defensa de la libertad. El gobierno santanista le persiguió activamente, bajo el pretexto de que había votado por un rebelde y le había dado tratamiento de excelencia.

Más tarde y en circunstancias no menos terribles, en que también peligraba su vida, ante Forey, ante Bazaine, ante el conde de Thum, Porfirio, preso y desarmado, sostendría con igual valor civil sus convicciones, y declararía su propósito de fugarse y combatir hasta el último aliento por la independencia de su patria.

Con igual energía y con la misma sinceridad debemos confesar y sostener siempre nuestras opiniones y nuestras creencias, en lo grande como en lo pequeño, si queremos merecer el título de hombres honrados y el respeto y la estimación de la sociedad.



por Lic. Don Marcos Pérez, Gobernador de Oaxaca en 1849. Fué quien presentó Porfirio Díaz con Don Benito Juárez. El trato de estos eminentes liberales á la conciencia del seminarista por compromiso, y le apartó de la carrera sacerdotal. El primer servicio que prestó Porfirio á la causa de la libertad, fué el de escapar con su hermano Félix los altos muros del convento de Santo Domingo, donde estaba Don Marcos Pérez, á quien quería comunicarle importantes noticias políticas.

V

LA ACTIVIDAD FISICA

PARA SER SANOS Y FUERTES DE ALMA, NECESITAMOS SERLO DE CUERPO.

Ha dicho el General Díaz, hablando de su adolescencia:

«..... Sentía yo gusto por lo ejercicios atléticos. Llegó á mis manos un librito de gimnasia, el primero probablemente que fué á Oaxaca, y esto me guió para improvisar en mi casa un gimnasio en que hacíamos ejercicios mi hermano, yo y varios amigos aficionados.»

Tenemos entendido que de ellos sólo sobrevive el hoy Senador Don Carlos Sodi.

Sin duda alguna, estos ejercicios sistemados no bastaban para contentar la necesidad de movimiento del joven estudiante, puesto que son legendarias sus hazañas en las *guerras* entre las escuelas, en las cacerías con la famosa escopeta que él mismo se construyó con restos de armas viejas, y en otros mil incidentes de su vida escolar.

Gracias á esta saludable actividad física, aquel organismo privilegiado ya por la naturaleza, fué desarrollándose y fortaleciéndose y adquirió al fin la agilidad, la destreza y el vigor extraordinarios que todavía causan admiración y envidia á los jóvenes.

Endurecido por las grandes caminatas á pie y por los acechos bajo el sol, las lluvias y el viento; habituado á vivir al aire libre, á dormir al raso, á desafiar el peligro y á ver serenamente la muerte cara á cara, cuando el seminarista de dieciséis años tomó las armas para defender á su patria contra el invasor del Norte, físicamente hablando valía mucho más que algunos de los generales de gabinete que en esa época mandaban el ejército.

Para dar una idea del valor, de la fuerza y de la audacia del estudiante de Derecho, cuando apenas contaba veintidós años, vamos á reproducir el relato que él mismo hizo más tarde, de un

episodio de su juventud. La sencillez con que lo refiere es conmovedora y contrasta notablemente con lo dramático de la aventura y con la nobleza del móvil que tuvo.

«Durante mi práctica de Derecho cambió el Gobierno nacional, por la salida del país, del Presidente Don Mariano Arista, en Enero de 1853, el triunfo del plan revolucionario de Jalisco y la proclamación y regreso del General Santa Anna. El nuevo gobierno era enteramente conservador y comenzó persiguiendo á los liberales..... Esa política, mi iniciación en la carrera militar, seis años antes, durante la guerra con los Estados Unidos, y mis ideas liberales, me hicieron formar la resolución de hacerme hostil al gobierno de Santa Anna.»

Influyeron también para determinar su vocación, las academias de ejercicios militares que por esa época se dieron en el Instituto.

«Era yo el confidente de mi maestro (Don Marcos Pérez), en los trabajos revolucionarios que había emprendido en Oaxaca..... Se descubrió correspondencia revolucionaria que le dirigían en cifra, y con este motivo se le procesó y se le puso en una prisión muy rigurosa..... Pude darle una ojeada al proceso, y me decidí á poner en su conocimiento las declaraciones de sus compañeros. Con este objeto emprendí en compañía de mi hermano, el escalamiento del convento de Santo Domingo.

«Había en él una prisión especial para los frailes, llamada *la Torrecilla*, en donde se puso á Don Marcos Pérez. Tendría *la Torrecilla* como tres metros de largo por dos de ancho, con una puerta en un extremo y una ventana alta en uno de sus lados, de modo que desde la puerta se podía ver todo lo que pasaba en el interior. La bóveda que la cubría era muy sólida, y la ventana de *la Torrecilla*, que daba al patio de la Sacristía de la iglesia, estaba muy elevada y muy cerca del techo, con una reja de fierro incrustada en el grueso de la pared, lo cual permitía poner los pies en el umbral de la ventana.

«El escalamiento del convento se me facilitó por la agilidad que había adquirido en mis ejercicios gimnásticos y por haberlo hecho en compañía de mi hermano. Cuando teníamos que subir una altura que no excediera de tres metros, uno de nosotros se subía en el hombro del otro, y una vez arriba, echaba una cuerda al que quedaba abajo para que subiera; cuando la altura era mayor, tirábamos la cuerda sobre uno de los ángulos del edificio, para que

quedara asegurada, y uno de nosotros la sostenía mientras el otro subía, lo cual era muy difícil: después de que uno estaba arriba, sostenía la cuerda para que subiera el otro.

«Por la puerta del campo del convento subimos, á cosa de la media noche, á la barda de la huerta, que tendría como cuatro metros de altura. La primera noche bajamos á la huerta con el objeto de ver si había centinelas en ella; en seguida volvimos á subir á la barda, y andando sobre ella, llegamos á la azotea de la panadería del convento. A esa hora estaban trabajando los panaderos, y como esa gente acostumbra cantar durante su trabajo, no era fácil que nos sintieran.....

«De la azotea de la panadería subimos á la azotea de la cocina, que era el escalón más alto que teníamos que ascender. Los cocineros estaban durmiendo..... De la azotea de la cocina subimos sin dificultad, uno en hombros de otro, á la azotea principal y más elevada del convento.

«Al llegar á ésta era necesario ir con gran cautela, porque había muchos centinelas; la primera noche tuvimos que esperar antes de dar paso, hasta oír el alerta de ellos, pues no había otra manera de conocer su posición.

«Para facilitar nuestra evasión en caso de ser vistos, retiramos una cuerda que estaba amarrada al badajo de una campana, y la aseguramos de una almena que daba á la calle, con el propósito de descolgarnos por la cuerda si llegábamos á ser descubiertos y cortada nuestra retirada. Antes de bajarnos de la azotea, volvimos á poner la cuerda en donde la habíamos tomado. Llevamos prevenido un grapón de fierro para ponerlo en uno de los extremos de la cuerda y poder usarla en caso necesario por cualquier parte.

«La llegada á la azotea principal del convento, fué lo más peligroso de la operación, por los muchos centinelas que había en ella. Nuestra marcha era muy tardía, porque teníamos que permanecer acostados, vestidos con trajes grises para no hacernos muy visibles, escuchando un alerta cada quince minutos, que nos indicaba la situación de los centinelas.

«Así llegamos hasta la azotea de *la Torrecilla*. Para burlar la vigilancia de este centinela, era necesario no hacer ruido. Una vez allí, me descolgaba yo ó sostenía á mi hermano para llegar á la ventana, y estando ya en ella y cogida la reja con las manos, descansaba el que sostenía desde arriba al que había descendido.